



MEDITACIÓN

ante el
Santísimo Cristo de la Caridad

Fernando Castellano Carretero

Real Hermandad Sacramental de Santa Marta
Parroquia de San Andrés
Sevilla, 21 de marzo de 2026



Besapiés del año 2026

SILENCIO Y APERTURA DE CORAZÓN

Aquí estoy, Señor.

Me has hecho llamar y aquí me tienes. Vengo ante tu presencia con el corazón dispuesto. No vengo esta noche a cumplir un rito, ni a pronunciar palabras vacías, ni a dejarme llevar por la rutina. Vengo a encontrarme contigo, a dejarme tocar por tu amor, a permitir que tu mirada transforme mi vida.

El silencio que envuelve este templo es un silencio habitado. No es ausencia: es presencia. No es vacío: es plenitud. No es quietud: es espera. En este sosiego, Señor, me hablas. Nos hablas a todos los aquí congregados en este día. Nos hablas sin palabras, desde tu rostro, desde tu cuerpo entregado. Nos hablas desde tu traslado al sepulcro, que no es derrota, sino victoria; no es fracaso, sino cumplimiento; no es final, sino comienzo.

La primera vez que escuché tu nombre, Cristo de la Caridad, fue de la boca de mi padre. Servidor público, venía de acompañar un Lunes Santo a esta hermandad que tanto honra el silencio, la sobriedad y la caridad hecha gesto. Llegó a casa impresionado, casi sobrecogido, por la solemnidad del cortejo, por la elegancia del negro de sus túnicas y sobre todo, por la desgarradora serenidad de tu cuerpo yacente.

Aquel relato quedó guardado en mí como una semilla. No conocía aún tu rostro, pero ya intuía que había algo distinto en ti: una verdad que no necesitaba palabras, una belleza que no buscaba adornos, una presencia que se imponía desde la quietud.

Hoy, al ponerme ante ti, comprendo lo que él sintió. Quiero dedicar este tiempo amplio, profundo y sereno, a observarte Señor. A contemplar tu imagen, tu entrega. A mirar también la caridad viva de esta Hermandad de Santa Marta, que en tu nombre, se encarna en tantas personas y lugares de nuestra ciudad y que son prolongación de tu Evangelio.

LA MIRADA QUE SOSTIENE EL MUNDO

Tu rostro, Señor, es un misterio inagotable. Cuanto más te miro, más me dices. Cuanto más me detengo ante ti, más me revelas. Cuanto más te contemplo, más me transformas.

No es un rostro de reproche. No es un rostro de condena. No es un rostro endurecido por el dolor y la muerte.

Es un rostro sereno, humilde y entregado. Es el rostro de quien ama hasta el extremo. Es el rostro de quien perdona incluso mientras es herido. Es el rostro de quien confía en el Padre incluso cuando todo parece perdido.

Tu mirada, profundamente expresiva y llena de realismo barroco, no es una mirada desorientada: es una mirada que busca. Busca al que sufre. Busca al que se aleja. Busca al que no encuentra sentido. Busca al que se siente indigno. Busca al que no sabe cómo volver.

Tu mirada es un refugio para el cansado, un consuelo para el herido, una luz para el que camina en tinieblas. Tu mirada es un abrazo silencioso. Es un evangelio entero.

LA CARIDAD HECHA CARNE

Tu imagen, Señor, es el gran sacramento del amor. En ti se revela la verdad de Dios: un Dios que ama hasta el extremo, un Dios que se entrega sin reservas, un Dios que se hace siervo.

Tus manos son manos que han bendecido, que han curado, que han levantado. Tus pies detenidos, son pies que han recorrido caminos polvorientos buscando al perdido. Tu costado abierto es fuente de vida, manantial de misericordia, puerta del corazón de Dios.

Cada herida es una palabra. Cada llaga es una enseñanza. Cada gota de sangre, una promesa.

Tu cuerpo no es símbolo de dolor sin sentido: es el cuerpo del Amor que se entrega. Es el cuerpo del Siervo que carga nuestras culpas. Es el cuerpo del Pastor que da la vida por sus ovejas. Es el cuerpo del Maestro que enseña amando.

En tu cabeza sin corona de espinas comprendo que la caridad no es un sentimiento pasajero, sino una entrega total. No es un gesto aislado, sino una forma de vivir. No es una emoción, sino una decisión.

LA COMUNIDAD DEL AMOR

No estás solo, Señor. A tu alrededor se reúnen los que te aman, los que te buscan, los que te necesitan: Juan el Evangelista, José de Arimatea, Nicodemo, María Magdalena, María Salomé, María Cleofás, Marta y tu Madre, Nuestra Señora de las Penas. Todos ellos te acompañan y no se separan de ti.

Cuánto me hubiera gustado estar en ese momento contigo.

Ahora, Señor, quiero cerrar mis ojos un momento y entrar muy despacio en la escena del pasaje bíblico de tu crucifixión y traslado al sepulcro. Quiero subir a tu paso y sentir lo que vivieron los que allí estuvieron presentes.

Respiro hondo, estoy en Jerusalén. La tarde cae pesada después del estruendo de tu crucifixión. El aire huele a polvo, a sangre, a miedo, a tristeza... y, sin embargo, dentro de mí hay una decisión firme: no voy a dejar tu cuerpo abandonado. El amor me empuja a dar la cara por ti.

Me acerco al Calvario y te veo, Cristo de la Caridad, ya muerto, aún clavado en la cruz. Tu cuerpo agotado, tus manos abiertas, tu costado traspasado. Impresiona el silencio que existe. Ya no hay gritos, ya no hay burlas. Solo el murmullo del viento y algún sollozo lejano.

Me detengo ante ti un instante y miro tu rostro. Lo hago con calma. Es el rostro de aquel que me ha amado hasta el extremo. En mi interior se mezclan sensaciones extrañas de pena, gratitud, vergüenza y una paz inusual que empieza a brotar: tú, Señor mío, has cumplido tu misión.

Junto a otros, me acerco a la cruz. Con cuidado, con un respeto infinito, comenzamos a desclavarte. Siento la gravedad de tu brazo al caer sobre mi hombro. Es pesado, inerte... y, sin embargo, sé que en tu cuerpo roto habita el Amor que sostiene el universo.

Entre todos te bajamos. Yo quedo junto a ti, a tu lado derecho, casi cara a cara, como estamos ahora mismo. Tus ojos están entreabiertos y expresan ternura, verdad y paciencia. Acerco mi mano a tu costado. No para hurgar en la herida, sino para dejar que esa herida toque la mía.

Te envolvemos, Señor, en una sábana. Cada pliegue es un gesto de amor. No hay prisa. El mundo corre, pero yo estoy aquí, en este instante sagrado, cuidando de tu cuerpo. Siento que, al envolverlo, también tú envuelves mi vida entera: mis miedos, mis pecados y mis deseos más hondos.

Empieza el camino hacia el sepulcro y te llevo entre mis brazos. Noto el peso. Esa carga es real, concreta, como las cruces de cada día. Pero ahora no las llevo solo: te llevo conmigo, Señor. Cada paso es una oración.

Y en este caminar, con tu cuerpo difunto, veo que nos siguen y están junto a ti los que menos tienen, los últimos, los enfermos, los que lloran, los que no tienen fuerzas para seguir. Y descubro que ellos son tus preferidos. Ellos son tu presencia viva en el mundo. Ellos son el sacramento de tu amor.

EL EVANGELIO DE LA VIDA

Y es que tu nombre, Señor, no es casual: Cristo de la Caridad. Eres el Dios que se inclina, que se hace siervo. Eres el Dios que se identifica con el hambriento, el desnudo, el preso, el extranjero...

Tu caridad no es abstracta: es precisa, radical y exigente. No es un sentimiento: es una misión. No es un gesto puntual: es un estilo de vida.

Tus hermanos de Santa Marta han de saber que la devoción verdadera no se queda en los altares, sino que se prolonga en las calles, en los hogares rotos, en los barrios olvidados de nuestra ciudad, en las vidas heridas. Allí estás Tú, Señor. Allí te encuentras y allí nos esperas.

Ante ti, Señor, uno aprende que la fe no consiste en mirar hacia arriba, sino en mirar a tu alrededor. Tu rostro, sereno y herido, no invita a escapar del mundo, sino a entrar en él con una mirada nueva.

Tu caridad no es intangible: es clara, encarnada y cotidiana.

Por eso, contemplarte es aceptar tu invitación a descubrirte donde tú mismo quisiste quedarte: en la vida de la gente sencilla, en los márgenes, en los que luchan cada día por sobrevivir con dignidad.

Tú, Señor, no te quedas en el templo. Sales a las calles de tu barrio. A las calles de otros barrios. Caminas por sus plazuelas. Respiras en sus casas humildes. En definitiva, Señor, te haces presente en la vida de quienes, sin saberlo, te revelan.

EL ROSTRO DE CRISTO EN LA CARA DE UN NIÑO

Miro tu rostro, Señor de la Caridad, y veo la cara de un niño en el seno de cualquier familia, en una casa de acogida, en una escuela infantil, en los columpios de un parque, donde los más pequeños juegan y sueñan con ser superhéroes.

Ellos no conocen discursos teológicos, pero si saben lo que es la alegría pura, la que nace sin tener nada y, aun así, sentirse felices porque tienen personas que los quieren y se preocupan por ellos; porque todavía creen que el mundo es un lugar posible.

En esos niños, Tú te haces pequeño para recordarnos que el Reino empieza así: con sencillez, con risa y con esperanza.

Cada vez que un niño sonrío, tú vences a la mezquina posibilidad que siempre amenaza con robarles el futuro.

Encuentro tu mirada, Señor, en el Hogar de Nazaret, proyecto que alienta nuestra hermandad de Santa Marta, donde la caridad no es teoría: es calidez, es

cama, es abrazo y es escucha. Es acompañar procesos largos, difíciles y llenos de heridas. Es creer en la capacidad de cada niño para renacer.

Encuentro tu mirada, Señor, en el proyecto de emancipación de San José de La Montaña, en el que se acompaña a aquellos que, al cumplir la mayoría de edad, no pueden quedar solos en el camino de la vida.

Aquí la caridad es valentía, futuro y autonomía.

EL ROSTRO DE CRISTO EN LAS PERSONAS QUE LUCHAN POR SU DIGNIDAD

Veo tu rostro, Cristo de la Caridad, en las personas que recorren nuestras parroquias buscando ayuda; que pasan por Cáritas, por los servicios sociales. No lo hacen por comodidad, sino por amor. No piden para ellas, sino para los suyos. Su dignidad no se quiebra, aunque la vida los haya golpeado más de una vez.

Ellos son la imagen viva de la caridad que no se rinde, de la fe que no se apaga, de la esperanza que se niega a morir. Cuando los miro con respeto, sin prejuicios, descubro que Tú caminas a su lado, sosteniendo sus pasos.

La caridad comienza por nuestra feligresía, por los más cercanos: vecinos, familias, ancianos. Por aquellos que viven en la puerta de al lado.

Tus ojos entreabiertos, Señor, son reconocibles en Cáritas de San Andrés. Aquí la caridad es proximidad. Es conocer nombres, historias y necesidades concretas.

Las llagas de tus rodillas y pies, Señor, son reconocibles en una institución histórica en nuestra ciudad, donde la misericordia se hace tradición viva. Acoger al necesitado es acoger a Cristo.

En el Hospital de la Caridad, tu caridad, Señor, es historia, es legado, es fidelidad. Es mantener viva la llama de la misericordia.

Tu costado, Señor, y la sangre que emana de él, son reconocibles en el economato social de la Fundación Casco Antiguo, donde la caridad es un acto de justicia y solidaridad, y no de asistencialismo.

Tu sudario, Señor, es reconocible en el comedor de San Juan de Dios, donde la Orden Hospitalaria nos recuerda que la caridad no es solo dar de comer, sino ofrecer oportunidades de vida plena.

Aquí la caridad es pan, pero también es dignidad. Es higiene, atención y acompañamiento. Es creer que cada persona puede levantarse y caminar.

Tus heridas provocadas por la corona de espinas que sostiene María Cleofás, son reconocibles en uno de nuestros barrios más humildes, Candelaria-Madre de

Dios. En este lugar, Señor, Cáritas parroquial atiende las necesidades más básicas y acompaña la reinserción social de muchas personas.

Aquí la caridad es lucha. Es perseverancia. Es esperanza. Es creer que la dignidad no se negocia.

Un poco más al sur, en otra de nuestras barriadas más significativas, se encuentra un pequeño oasis para niños y niñas de muy corta edad. La sangre que brota de tus heridas, Señor, es reconocible en la Escuela Infantil La Providencia, donde las religiosas de Jesús-María se ocupan y preocupan de que los más pequeños reciban una atención integral para crecer en un entorno seguro. Ellas también acogen, orientan y acompañan a sus progenitores: padres y madres adolescentes y jóvenes con un futuro incierto.

Aquí, Señor, la caridad es juego, aprendizaje, educación, orientación y futuro. Es sembrar esperanza donde otros solo ven problemas.

EL ROSTRO DE CRISTO: UN ROSTRO HERIDO, PERO NO VENCIDO

Miro tu rostro, Padre mío, tu rostro herido pero no vencido, y puedo verte recorriendo los caminos de Galilea sin un lugar donde reclinar la cabeza.

Te veo en aquel marroquí con el que tuve la oportunidad de compartir amistad hace ya algún tiempo. Él llegó a España con 14 años, solo y con la esperanza de encontrar un mundo mejor. Vino a nuestra tierra en los bajos de un camión y su cara era la de un niño cansado, marcado por el sol, por la incertidumbre y por la nostalgia de lo que quedó atrás.

Recordando aquel rostro, Señor, te veo a ti volviendo a recorrer los senderos, sin un lugar donde poder descansar.

Los migrantes llevan heridas visibles e invisibles: pérdidas, duelos, miedo, violencia, rechazo.

Y sin embargo, en medio de esas grietas, aparece una luz que no se apaga.

Las Hijas de María Auxiliadora acompañan a muchos de ellos y les ofrecen lo que el Evangelio pide: acogida, respeto y oportunidades.

Aquí, Señor, tu caridad es escucha, formación e integración. Es abrir puertas donde otros levantan muros.

EL ROSTRO DE CRISTO EN LAS PERSONAS MAYORES QUE SOSTIENEN LA VIDA

Veo tu rostro, Cristo de la Caridad, en esos mayores que hoy en día continúan siendo columna vertebral de nuestra sociedad. Pues te puedo contar que sus manos, endurecidas en el discurrir por la vida, se parecen a tus manos de carpintero, Señor.

En sus arrugas se lee la historia de un pueblo que ha resistido. En su paciencia se esconde la sabiduría de quien ha aprendido a esperar. En su generosidad se transparenta la caridad más pura, la que no presume, la que no exige, la que simplemente ama.

La Asociación Alameda combate la soledad de estas personas con compañía, con afecto y con presencia. Aquí tu rostro aparece con las cicatrices del paso de los años vividos.

La caridad aquí es presencia, tiempo y cercanía.

EL ROSTRO DE CRISTO EN LA CONDENA DEL PRESO

Contemplarte, Señor de la Caridad, contemplar tu cuerpo yerto, inmovilizado y atrapado temporalmente por la muerte y el abismo, es descubrir tu presencia en quienes viven la experiencia del encierro; en quienes sufren, esperan, se equivocan, buscan redención o simplemente necesitan ser vistos como personas.

A lo largo de mi vida, he tenido la ocasión de visitar espacios donde menores infractores y adultos se encontraban privados de libertad. La cárcel es un lugar donde la sociedad suele mirar hacia otro lado. Sin embargo, tu Evangelio propone una mirada radicalmente distinta:

“Estuve preso y me visitasteis”.

Señor, descubro el reflejo del dolor de tu crucifixión en quienes han perdido casi todo: libertad, autoestima y expectativas. El Proyecto Zaqueo, que también acompaña nuestra hermandad, trabaja la reinserción de personas que han cumplido condena.

Aquí la caridad es paciencia. Es confianza. Es creer en la posibilidad de un nuevo comienzo.

CÓMO DESCUBRIR TU ROSTRO EN MEDIO DE NOSOTROS

¿Sabes, Señor?, descubrirte en medio de nosotros no es un ejercicio de imaginación, sino de fe. No se trata de “verte como si estuvieras”, sino de reconocer que ya estás.

Estás en el vecino que comparte lo que es y lo que tiene; en la joven que ayuda a otra compañera en los estudios; en el voluntario que da su tiempo en favor de los demás; en la familia que se apoya en otra cuando llega una desgracia; en la comunidad que se organiza para que nadie quede atrás.

Tú estás en cada gesto de solidaridad que brota incluso en medio de la necesidad. En cada acto de bondad que nace sin ruido. En cada mano que se tiende. En cada mirada que consuela.

Sí, en cada mirada. Con los años voy aprendiendo a mirar tu rostro, Cristo de la Caridad. A mirar despacio, porque lo esencial no se ve con prisas. A mirar con respeto, porque cada persona es tierra sagrada. A mirar sin prejuicios, porque la pobreza no define la dignidad. A mirar con compasión, que no es lástima, sino amor que comprende. A mirar con fe, sabiendo que Dios se esconde en lo pequeño.

“TE HE AMADO”

Señor, hace apenas unas semanas, llegó a mis manos la Exhortación Apostólica “Dilexi te” del Santo Padre León XIV. Y meditar esta reflexión ante Ti, Santísimo Cristo de la Caridad, es dejar que dos lenguajes —el de la palabra y el del silencio— se encuentren en un mismo punto: en tu corazón herido. Centrada en la afirmación divina “Te he amado”, esta obra encuentra en tu figura yacente un espejo encarnado, un rostro concreto donde ese amor se vuelve visible, vulnerable y cercano.

Tú no eres un Cristo triunfante ni un Cristo distante. Tu imagen es la de un Cristo detenido en el instante en que el amor se vuelve entrega total. Tú nos amas no desde la fuerza, sino desde la entrega; no desde la distancia, sino desde la proximidad que duele.

Tu amor, Señor, es siempre primero. No responde a méritos, no se ajusta a cálculos, no depende de la correspondencia humana. Es un amor que antecede, que funda, que sostiene. Ante ti, Santísimo Cristo de la Caridad, esta verdad se vuelve palpable: Tú no esperas a ser amado para amar; no exiges comprensión para entregarte; no condicionas tu donación a la gratitud del mundo.

Tu cuerpo parece pronunciar sin palabras:

“Te he amado antes de que tú pudieras amarme.”

Y esa prioridad del amor desarma. Porque revela que la vida cristiana no nace del impulso, sino de la acogida; no de la perfección, sino de la confianza; no del miedo, sino de la certeza de ser amados primero.

La Hermandad de Santa Marta, con su carisma de servicio silencioso, ofrece un marco privilegiado para comprender que la caridad no es un sentimiento, sino

una forma concreta de amar. Es el amor que se arrodilla, que acompaña, que sostiene, que limpia, que consuela. Es el amor que no busca reconocimiento, porque su única recompensa es el bien del otro.

Tú, Señor, en tu serenidad doliente, invitas a mirar la caridad no como un gesto puntual, sino como un estilo de vida. Tu entrega no es teatral ni grandilocuente; es humilde, silenciosa, casi escondida. Y en esa humildad se revela la grandeza del amor cristiano: un amor que se da sin esperar retorno.

En esta noche cerrada, aquí, ante Ti, esta intuición se vuelve oración. Tu cuerpo herido y ya sin vida, no es un símbolo de derrota, sino un testimonio de fidelidad. Tu sufrimiento no es un fin, sino un camino. Y tu muerte no es un cierre, sino una apertura hacia la vida plena.

El creyente que detiene su mirada ante tu imagen, descubre que el dolor humano no está abandonado, que la fragilidad no es despreciada, que la herida no es inútil. Tú la has hecho tuya, y al hacerlo la has llenado de esperanza.

Cristo de la Caridad, tú me enseñas que la respuesta al amor divino no consiste en grandes gestas, sino en pequeños actos de entrega cotidiana. Amar desde la pequeñez, desde lo que uno es, desde lo que uno puede. Amar sin ruido, sin pretensiones, sin buscar aplausos.

Este grupo de fieles Señor, encarna esta espiritualidad: la caridad discreta, la presencia que acompaña sin imponerse. Es la misma lógica del Evangelio: “Lo que hicisteis con uno de estos pequeños, conmigo lo hicisteis.”

La contemplación hoy aquí no es un ejercicio estético, sino una llamada a la conversión. Quien contempla de verdad no se queda igual. Tu imagen sobrecogedora atraviesa las defensas del corazón y despierta un deseo nuevo: vivir como Tú viviste, amar como Tú amaste.

MARTA: UN HOGAR PARA JESÚS

Y en esta oración, Señor, no puedo más que detenerme también en la figura de Marta de Betania. Una mujer que, con su vida sencilla y profunda, ilumina nuestro propio camino de fe. Marta no es un personaje secundario. Es tu amiga, discípula tuya y maestra para todos nosotros.

Cuando tú llegas a su casa, Marta te recibe con el corazón lleno de cariño. Se pone a servir, a preparar la mesa, a cuidar cada detalle. Y, sin embargo, en medio de ese servicio, su corazón se inquieta. Se siente sola, sobrecargada, quizá incomprendida. Y entonces se acerca a ti con una sinceridad desarmante: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola con el servicio?”.

Qué humana es Marta. Qué parecida a nosotros, que tantas veces vivimos haciendo cosas buenas, pero con el alma agitada, con el corazón dividido, con la sensación de que nadie ve nuestro esfuerzo. Tú no reprendes su servicio; reprendes su inquietud. Le dices: “Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa por muchas cosas”. No le pides que deje de servir, sino que sirva desde la paz, desde la escucha, desde la presencia.

Marta nos enseña que no basta con hacer cosas para Dios; es necesario estar con Dios. Que el activismo, incluso el religioso, puede vaciarse si no nace de un corazón que escucha. Que la vida cristiana no es solo acción, ni solo contemplación, sino una armonía entre ambas.

Pero Marta no se queda ahí. Su camino continúa. Cuando su hermano Lázaro muere, Marta corre a tu encuentro. Y lo hace con una mezcla de dolor y fe: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Es una frase valiente, honesta, que brota de un corazón que ama. Y tú la escuchas. Y en ese diálogo, Marta pronuncia una de las confesiones de fe más hermosas del Evangelio: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios”.

Marta, la mujer inquieta, se convierte en Marta, la mujer creyente. La que sirve, pero también la que confía. La que organiza la casa, pero también la que sostiene la esperanza. La que se atreve a hablar con Jesús desde su verdad, sin máscaras, sin miedo.

Y en la última escena, en Betania, Marta vuelve a servir. Pero ya no hay quejas, ya no hay prisas, ya no hay ansiedad. Su servicio es sereno, maduro, lleno de amor. Marta ha aprendido a unir sus manos activas con un corazón contemplativo. Ha descubierto que el servicio, cuando nace del amor, es oración.

Señor, Marta es un espejo donde puedo y debo mirarme. En muchas ocasiones vivo como ella: entre tareas, trabajo, responsabilidades y preocupaciones. Sin embargo, tú me dices: “No te inquietes. No te pierdas en lo secundario. Ven, siéntate un momento conmigo. Déjame ser tu descanso, tu centro, tu paz”.

Hoy te pido, Señor, que me concedas un corazón como el de Marta. Un corazón que sirve sin perder la calma, que actúa sin dejar de escuchar, que trabaja sin olvidar lo esencial, que ama con gestos concretos y que confía incluso en medio del dolor.

Te pido, Padre, vuelvas a mi encuentro en la cocina y en la oración, en el trabajo y en el silencio, en la acción y en la contemplación como lo hiciste con Marta.

Te pido, Cristo de la Caridad, que mi vida sea un hogar donde tú siempre encuentres amistad, fe y amor.

ORACIÓN FINAL DE ENTREGA

Señor Jesús, Cristo de la Caridad, en mis últimas palabras de esta meditación ante tu presencia santa, ante tu rostro sereno, ante tu cuerpo entregado, ante tu amor sin medida, quiero ofrecerte mi vida.

Vengo ante Ti desde un mundo acelerado, tenso, en guerras y fragmentado. Un mundo donde las prisas roban la tranquilidad del alma. Un lugar donde muchos quedan fuera, heridos por la desigualdad, la injusticia y la indiferencia. Ante tu presencia serena, dejo caer el peso de este tiempo que me ha tocado vivir.

Enséñame a parar. A cambiar la mirada. A ablandar el corazón. A respirar hondo para descubrir en la belleza de tu imagen yacente las oportunidades que nacen, la bondad que resiste, la dignidad del otro y la vida que se abre paso.

Tú que rompiste las normas de tu tiempo para acercarte a los excluidos, para invitar a los que excluían a mirar de nuevo, para despertar a los indiferentes, cuanta conmigo para tu proyecto de amor.

No permitas que me quede inmóvil. Sé que quedarme quieto también es tomar postura. Nuestro mundo necesita un cambio profundo, audaz y libre. Hazme capaz de asumir mi identidad cristiana sin miedo de ser explícito en la caridad, de actuar con libertad en favor de la justicia, de la inclusión y de la paz.

Cristo de la Caridad, transforma mis resistencias en valentía, mis dudas en compromiso, mis heridas en compasión. Que tu amor me movilice. Que tu Evangelio me desinstale. Que tu mirada me convierta. Que tu revolución sea la mía.

Este es mi momento, Señor. Aquí y ahora, Cristo de la Caridad es mi oportunidad. Toma mi vida para este mundo que tanto la necesita.

Tómala, Señor. Purificala. Transforma lo que deba ser transformado. Sana lo que esté herido. Ilumina lo que esté oscuro. Fortalece lo que esté débil. Despierta lo que esté dormido.

Hazme instrumento de tu caridad. Hazme testigo de tu misericordia. Hazme servidor de los pobres. Hazme discípulo de tu Evangelio.

Que mi vida sea un reflejo de tu amor. Que mi corazón sea un hogar para ti. Que mis manos sean prolongación de las tuyas. Que mis pasos sigan tus pasos. Que mi voz anuncie tu paz. Que mi existencia entera sea alabanza a tu nombre.

Cristo de la Caridad, quédate conmigo. Quédate en mi vida. Quédate en mi hermandad. Quédate en mi ciudad. Quédate en los pobres. Quédate en los que sufren. Quédate en los últimos. Quédate en los olvidados. Quédate en los que buscan. Quédate con los que no saben cómo volver.

Señor, hazme caridad viva. Hazme misericordia encarnada. Hazme Evangelio hecho obra.

Que así sea.

La Meditación ante el Santísimo Cristo de la Caridad es un acto de oración que se celebra cada año en la víspera del Besapies de la sagrada imagen el Domingo de Pasión desde 1983. La mayoría de ellas está disponible en la web de la Hermandad. Este es el listado de meditadores:

- 1983** *Manuel Toro Martínez, abogado, pregonero de la Semana Santa 1979.*
- 1984** *Manuel Ferrand Bonilla, escritor y periodista.*
- 1985** *Enrique Osborne Isasi, abogado, pregonero de la Semana Santa 1983.*
- 1986** *José Luis Garrido Bustamante, periodista, pregonero de la Semana Santa 1990.*
- 1987** *José Luis Ortiz de Lanzagorta, escritor y periodista.*
- 1988** *Vicente Rodríguez García (hermano), profesor de Historia*
- 1989** *Enrique de la Vega Viguera, militar y escritor.*
- 1990** *(No se celebró por traslado a San Martín)*
- 1991** *Ángel Pérez Guerra, periodista y escritor.*
- 1992** *José Sánchez Herrero, catedrático de Historia Universidad de Sevilla.*
- 1993** *Miguel Muruve Pérez, abogado, pregonero Semana Santa 1980, Hermano Mayor del Gran Poder.*
- 1994** *José M.^a Rubio Rubio, médico y profesor universitario, pregonero de la Semana Santa de 1991.*
- 1995** *Miguel Cruz Giráldez, escritor y profesor de Filología de la Universidad de Sevilla.*
- 1996** *José Luis Campuzano Zamalloa, abogado, pregonero de la Semana Santa de 1957.*
- 1997** *José M.^a Javierre Ortas, sacerdote, pregonero de la Semana Santa de 1993.*
- 1998** *Francisco J Vázquez Perea (hermano), Pregonero de la Semana Santa de 2003.*
- 1999** *José J Gómez González (hermano), abogado, pregonero de la Semana Santa de 1982.*
- 2000** *Carlos Colón Perales, profesor de CC. de la Comunicación, escritor y periodista, pregonero de la Semana Santa de 1996.*
- 2001** *Iñaki Gabilondo, periodista.*
- 2002** *Mons. Alberto Iniesta, obispo auxiliar emérito de Madrid.*
- 2003** *José M.^a Mardones, sacerdote y sociólogo.*
- 2004** *Aurelio Verde, químico, escritor y poeta.*
- 2005** *Leonardo Castillo, sacerdote.*
- 2006** *Hna. Carmen Cadenas de Llano James, religiosa.*
- 2007** *Fernando Cano-Romero Méndez, abogado. Pregonero de la Semana Santa 2011.*
- 2008** *Enrique Henares Ortega (hermano), abogado. Pregonero de la Semana Santa 2009.*

- 2009** *Lutgardo García Díaz, médico, Pregonero de la Semana Santa del año 2015.*
- 2010** *Joaquín de la Peña Fernández, historiador, Pregonero de las Glorias de 2000.*
- 2011** *Juan Moya Gómez, abogado.*
- 2012** *Juan Carlos Heras Sánchez, profesor de Historia, Pregonero de la Semana Santa del año 1998.*
- 2013** *Francisco Javier Márquez Guil (hermano), periodista.*
- 2014** *Mariano Pérez de Ayala, profesor universitario, director de Cáritas Diocesana de Sevilla.*
- 2015** *Manuel Román Silva, farmacéutico, presidente del Consejo General de HH. y CC. (2000-2008).*
- 2016** *Luis Fernando Álvarez González, SDB. (hermano), sacerdote salesiano, anterior director Espiritual y ex Rector del Centro de Estudios Teológicos.*
- 2017** *Javier Rubio Rodríguez, periodista.*
- 2018** *Madre Belén Soler, directora del Centro de Protección de Menores de San José de la Montaña.*
- 2019** *Enrique Esquivias de la Cruz, abogado. Ex Hermano Mayor de la Hermandad del Gran Poder y pregonero de la Semana Santa en 2007.*
- 2020** *No se celebró debido a la pandemia.*
- 2021** *Manuel Sánchez Sánchez, sacerdote.*
- 2022** *Carlos Raynaud Soto (hermano).*
- 2023** *Alberto García Reyes (periodista). Pregonero de la Semana Santa de 2017.*
- 2024** *Rosa García Perea (escritora).*
- 2025** *Enrique Barrero Rodríguez (poeta).*
- 2026** *Fernando Castellano Carretero. Administrador del Centro Infantil “La Providencia”,*